

la droga, una escalada preocupante

Manuel Segura

Sobre la droga hemos oído y leído mucho. Hemos visto, en la televisión y en el cine, síndromes de abstinencia, "camellos", enfrentamientos de bandas, mafia policial y política, palacios lujosos y de mal gusto donde viven los grandes traficantes. Hemos oído sesudas conferencias sobre los efectos de las distintas drogas, sus precios, el mercado internacional.

En este artículo nos proponemos una cosa más sencilla y, al mismo tiempo, más jugosa y profunda: reflexionar sobre la droga desde un punto de vista teológico o, al menos, desde sus conexiones con el mundo de la moral y de la fe.

Empezaremos mirando a la droga como búsqueda de libertad: libertad de convencionalismos y de la cárcel del espacio y del tiempo, liberación incluso de nuestra finitud, en busca de un paraíso secularizado. Nos preguntamos qué está pasando en el mundo, qué fe ha perdido el mundo para que la droga haya llegado a ser un fenómeno universal. Apuntaremos las relaciones entre droga e injusticia, entre explotación, armamentismo y droga. Discutiremos desde un punto de vista ético si conviene o no legalizar la droga en Occidente, que es una de las grandes discusiones del momento entre nosotros. Echaremos un vistazo a la etiología de la drogadicción para reflexionar sobre la posibilidad de frenar en su misma raíz esas causas. Y, por último, pensaremos juntos qué hacer cuando convivimos con un drogadicto en la familia. Esperamos que estas ideas, que se apuntan en el artículo, susciten muchas más ideas, y mejores, en los lectores.

Droga y libertad

Aunque la intencionalidad de cada uno al drogarse varíe de persona a persona, hay una coincidencia profunda, que merece la atención del teólogo: en toda experiencia con droga hay una búsqueda de *libertad*.

Los principiantes buscan en ella, generalmente, una liberación de los convencionalismos sociales, de la injusticia que los rodea y que no aprueban, de la "mentalidad estrecha" de sus padres: en resumen, de esta sociedad injusta y consumista a la que ellos juzgan duramente. Para ellos, la droga es libertad: atreverse con la droga es rebelarse contra los valores de esta sociedad en la que han nacido y crecido. Drogarse es optar por la "libertad total", en contra de la responsabilidad, del trabajo duro, del ahorro, del estudio, del respeto a la propiedad privada; es reirse de la televisión, de la política, del deporte, de los grandes almacenes, de la familia.

A su vez, el verdadero adicto, el que está irreversiblemente "enganchado", el "profesional" de la droga, va mucho más lejos: intenta liberarse nada menos que del marco espacio-temporal en el que nos movemos. No sólo con los "viajes", "vuelos" o "estar en las nubes" de alucinógenos como el cannabis o el ácido lisérgico, sino también con los excitantes (cocaína o anfetaminas), que alteran la percepción del cansancio y del hambre y son medidas internas del tiempo. Y, sobre todo, con el éxtasis total de la heroína, que detiene el tiempo y hace presente el paraíso, como en la leyenda del monje medieval que oyó cantar un pajarillo durante trescientos años. Con toda droga hay una búsqueda desesperada de libertad. De una liberación que es fugaz y engañosa, pero que se presenta, una y otra vez, como la única salida, como la liberación definitiva.

Lo triste es que ese deseo de libertad termina en una esclavitud peor: como en la historia del Evangelio, el muchacho que huye de la casa de su padre termina guardando cerdos por cuenta de un dueño implacable. El drogadicto escapa de la propaganda y de los convencionalismos, pero no hacia la libertad y la lucha por la justicia, sino hacia la esclavitud total, donde la droga se convierte en su amo absoluto, invencible e insobornable.

La droga, búsqueda del paraíso

En un breve ensayo llamado *El ocaso del hombre y el reto de la fe*¹, el cardenal Ratzinger escribe que "el gran viaje que los hombres buscan con

¹Publicado en ABC de Madrid los días 31 Marzo y 1 Abril 1988.

la droga es la forma pervertida de la mística, la degeneración de la sed de infinito del hombre, el no a la insuperabilidad de la inmanencia y el intento de sobrepasar las barreras del hombre hacia el infinito”². Es decir, que en el fondo de la droga hay un anhelo místico, donde lo religioso es reemplazado por la química. Por eso no es exagerado decir que “la droga constituye la pseudomística de un mundo que no cree, pero que tampoco puede liberarse de la tensión del alma hacia el Paraíso”³.

Carlos Castaneda, con una bien lograda mezcla de antropología científica, poesía, misterio y experiencias personales con peyote y otras drogas alucinógenas usadas por los indios del sudoeste americano, escribió un libro fascinante, ya clásico: *Las enseñanzas de Don Juan*⁴. La experiencia de Castaneda, estudiante en la Universidad de Berkeley, se realizó bajo la dirección del indio yaqui don Juan, en Arizona y Sonora, de 1961 a 1965. Todo el libro es un ejemplo de esa conexión entre droga y pseudomística: lo que don Juan le enseña a Castaneda no es sólo a usar alucinógenos con cierta seguridad, sino que es un conocimiento oculto, una visión nueva del mundo, del bien y del mal, del hombre.

En el capítulo 6 de ese libro tiene Castaneda la descripción de su “vuelo”, después de haber ingerido la droga “yerba del diablo” (o datura): “dí un paso más, aún más elástico y más largo que el anterior. Y entonces me elevé. Recuerdo que descendí una vez, pero empujé con los dos pies, salté hacia atrás y me deslicé por el aire, de espaldas. Veía sobre mí el cielo oscuro y las nubes que pasaban a mi lado. Cambié bruscamente de postura, para poder mirar hacia abajo. Vi la masa oscura de las montañas. Mi velocidad era extraordinaria. Tenía los brazos pegados fuertemente a los costados. La cabeza era como mi palanca de dirección: si la mantenía doblada hacia atrás al máximo, me desplazaba en círculos verticales. Cambié varias veces de dirección con sólo doblar la cabeza hacia un lado u otro. Nunca había gozado de una libertad y una rapidez así... (poco después) empecé a descender como una pluma, con movimientos laterales”. Reaparece aquí el tema de la libertad; pero a lo largo de todo el libro queda claro que la finalidad de todo el esfuerzo de don Juan no es sólo enseñar a “volar” a su discípulo, sino hacer de él, con la ayuda de las drogas “datura inoxia” y “psilocybe mexicana”, un hombre de conocimiento, capaz de penetrar la “realidad no-

²Día 31 de Marzo p. 27.

³Id. p. 38.

⁴G. CASTANEDA, *The teachings of Don Juan: a Yaqui way of knowledge*, University of California Press, Berkeley 1968. Trad. castellana en FCE, México.

ordinaria". La droga es un aliado, que da un poder extraordinario o que produce éxtasis⁵.

El polémico antropólogo Marvin Harris, en su libro *Vacas, cerdos, guerras y brujas: los enigmas de la cultura*, defiende la sólida teoría de Harner⁶ de que el fenómeno de la brujería de los siglos XV al XVII, y muy en concreto los vuelos sobre escobas y los aquelarres, no fueron más que efecto de alucinógenos. Los "ungüentos verdosos y malolientes", mencionados en muchos procesos de brujas, con los cuales éstas se untaban todo el cuerpo antes de emprender el vuelo, parece que consistían en una mezcla de beleño, mandrágora y belladona. El principio activo de estas plantas es la atropina, que actúa directamente a través de la piel y de las mucosas. Los viajes fantásticos (parecidos al de Castaneda), los aquelarres diabólicos y las frenéticas orgías sexuales con amantes y demonios, eran sólo alucinaciones debidas a la atropina. Lo que la Inquisición católica y protestante condenó como herejía o idolatría demoníaca, no fueron sino experiencias parecidas a los modernos "viajes" causados por el ácido lisérgico.

Así, pues, los indios actuales en Arizona y Méjico, los jíbaros en Perú y las brujas de los siglos XV al XVII en Europa, coinciden en vivir la droga como experiencia pseudomística. No parece excesivo sacar la consecuencia, como lo ha hecho Ratzinger, de que también los drogadictos de nuestro tiempo y de nuestras calles está buscando algo casi religioso en la droga: sea que intenten ponerse en comunión con la naturaleza, o con el diablo, con las fuerzas ocultas del aire o con los secretos más profundos del corazón, lo que están intentando es romper los límites de la finitud.

Es otra vez, e intensamente, el mito de Fausto: se vende el alma a la droga para romper la oscuridad que nos oprime y ser dueños de la luz, de una luz secreta, más allá de los límites del conocimiento; pero al vender el alma ya no se es dueño de nada, ya no se *es*, y aquella oscuridad primera queda reforzada, duplicada. La droga no es libertad ni es paraíso, pero el hombre actual los busca en ella porque no tiene libertad ni tiene paraíso.

La droga, fenómeno universal

Esta búsqueda de libertad por medio de la droga se ha hecho universal. Los hombres no se sienten libres ni en Occidente, ni en Europa Oriental,

⁵Castaneda, o.c. Apendix B.

⁶MICHAEL HARNER, *The Role of Hallucinogenic Plants in European Witchcraft*, Oxford University Press 1972.

ni en el Tercer Mundo. Y en todas partes hay muchos que buscan la liberación en la droga. La droga es ya una subcultura universal. Cada cultura había tenido siempre sus drogas propias, usadas con más o menos restricciones y normas. Pero el fenómeno actual es nuevo, totalmente inédito en la historia de la humanidad: la ruptura de todas las fronteras y el consumo universalizado de las mismas drogas.

Es evidente que en esta universalización han influido, de modo importante, las nuevas facilidades de comunicaciones, que está revolucionando todo el mercado internacional. Todos los productos se han hecho internacionales, si tienen importancia para ello, o si la propaganda nos convence de que la tienen. La droga ha entrado en ese mercado internacional y está siendo promocionada, clandestina pero eficazmente, según todas las leyes del "marketing" moderno.

Pero el éxito inesperado, avasallador, de la droga en los últimos quince años parece que no puede explicarse sólo por la eficacia de propaganda y distribución. Las preguntas que quedan planteadas al teólogo, todavía sin respuesta, son: ¿Qué está pasando en el mundo, qué está pasando en Occidente, que explique esta evasión desesperada hacia la droga? ¿Está el mundo entero desengañado? ¿Desengañado de qué? ¿Cuál era la fe de Occidente y dónde se ha perdido? Son preguntas de gran tonelaje, de compleja respuesta, pero con las que habrá que seguir trabajando para llegar a entender por qué la droga es ahora, por primera vez en la historia, un fenómeno universal.

Droga e injusticia

No sólo es un fenómeno universal, como acabamos de señalar, sino que, además, la droga tiene una conexión muy estrecha con la injusticia universal, con la injusta organización de nuestro mundo.

Más adelante hablaremos de la vinculación del consumo de droga con las ideas depresivas y de autorrechazo. Ahora bien, de todos es sabido por experiencia directa y por la lectura de estadísticas juveniles, la influencia nefasta del paro, del desempleo, en estas ideas de autorrechazo y depresión. El no poder acceder a un puesto de trabajo es no poder disfrutar de ninguno de sus aspectos gratificantes: seguridad económica, dignidad, estabilidad familiar, participación en la modificación del mundo y en el perfeccionamiento humano. Que todos estos bienes se estén negando actualmente a un 48,4%

de los jóvenes, que es la cifra de parados⁷, es una grave injusticia⁸ que estamos permitiendo entre nosotros. Por eso, no podemos lavarnos las manos, sin más, ante el problema del autorrechazo y de la depresión producido por el paro y que está llevando a muchos jóvenes a la droga.

Además, la droga se ha convertido para muchos no sólo en un refugio ante el acoso de la desesperación, sino en una auténtica salida laboral, la única que les queda abierta. En todo Occidente hay miles, tal vez millones, de jóvenes y niños que viven de vender droga, o de "vigilar" a la Policía mientras en la esquina se hacen transacciones de droga, o de hacer de guardaespaldas a los traficantes. Por supuesto que es un crimen de lesa humanidad el vender droga, pero también es un crimen de lesa humanidad el acorralar de tal manera a millones de jóvenes en nuestras sociedades industrializadas, que no tengan otra salida que vender droga.

Es del dominio público la opinión popular en Bolivia y Colombia respecto de los traficantes: se les mira bien, como a vengadores justicieros que les sacan a "los gringos" el dinero que Estados Unidos les ha sacado primero a ellos con la explotación de las minas, los préstamos durísimos o el comercio injusto. Hay que repetirlo: es un crimen de lesa humanidad destrozarse la salud, la familia y las vidas de Estados Unidos o de Europa; pero también es un crimen de lesa humanidad el que Estados Unidos y Europa fuercen al 80% de los hombres de la tierra a vivir en condiciones infrahumanas⁹. Además, poca autoridad moral le queda al Primer Mundo y al Segundo para reprocharle al Tercero que les venda droga, cuando ellos están inundando el Tercer Mundo de armas.

En la película "La Misión", el Legado del Papa tiene al final un destello de clarividencia y dignidad; entristecido por haber sacrificado a los indios y a los jesuitas a los intereses políticos, oye al embajador portugués que le dice: "No se aflija, el mundo es así"; pero el Legado le contesta: "No es así; lo hemos hecho así personas como Vd. y como yo". Ante el mundo de la droga debemos hacernos la misma reflexión: todos somos culpables de lo que está pasando en ese campo. Ya nos lo enseñó Priestley en *Llama un inspector*: nadie es inocente de lo que pasa a su alrededor.

⁷J. GARCIA NIETO, *Parados de larga duración y jóvenes sin trabajo*, en *La pobreza en España*, Caritas, Madrid 1986, p.94. Ver datos detallados por edades y Autonomías en pág. 100-101.

⁸JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, n. 18.

⁹Id. n. 16.

¿Legalización de la droga?

Más que las elecciones a la Presidencia, la gran polémica nacional de estos últimos meses en Estados Unidos está siendo la discusión sobre si se debe legalizar o no la droga. La controversia ha invadido las calles, las universidades, las revistas especializadas, la televisión, los periódicos¹⁰. En una encuesta del *New York Times* y la cadena CBS se llamaba a esta discusión "el problema número uno en Estados Unidos". La pregunta se plantea con toda radicalidad: ¿Conviene legalizar la droga? ¿No sería mejor, y más respetuoso con la libertad individual, que cada uno eligiese libremente lo que quiere tragar, fumar o inyectarse? Por ser un problema tan íntimamente ligado con problemas morales, vamos a detenernos un momento a analizar las razones a favor y en contra de esa legalización.

A favor de ella se aduce, ante todo, que el Estado no tiene derecho a decirle a nadie, por la fuerza o bajo amenazas, lo que puede tomar o no. Se aduce además el fracaso total de la ley de narcóticos¹¹: desde su promulgación han pasado 75 años y la lucha ha sido una sucesión de continuas derrotas para Policía y Gobiernos, de modo que ya se puede decir con sinceridad que se ha perdido la guerra contra la droga. En efecto, la prohibición ha producido enormes ganancias a los traficantes, que pueden subir desproporcionadamente el precio, justificándolo con el riesgo que corren; si el Estado controlara esos precios, desaparecerían esos traficantes clandestinos, como pasó en el caso del alcohol. En cambio, si la clandestinidad sigue, no sólo seguirá habiendo traficantes, sino que las bandas rivales de éstos seguirán disputándose el mercado, seguirán sobornando a policías, aduaneros, políticos y jueces y seguirán matando; así, la violencia engendrada por la distribución de la droga llega a ser peor que la droga misma.

Además, a esa violencia de los traficantes hay que añadir la de los usuarios, que se ven empujados al robo, atracos y prostitución para obtener fondos para la droga; en cambio, nadie roba ni atraca para conseguir tabaco o alcohol.

En esta línea, es innegable que el 80% de todos los delitos actuales ya está relacionado con la droga, según las estadísticas policiales y judiciales de Occidente: se delinque para drogarse o se delinque por estar drogado. También se añade, como argumento en favor de la legalización de la droga,

¹⁰Ver "Time" 30 de mayo 1988 p.20-26.

¹¹Ley Harrison de Narcóticos de 1914.

qué desaparecerían los problemas internacionales producidos actualmente por el tráfico ilegal de droga, por ejemplo los que Estados Unidos tiene con Colombia, Méjico y Bolivia y el caso espectacular de Noriega en el Panamá. Eso, sin contar lo que pasó en VietNam y los países europeos enfrentados con Turquía y Bulgaria, o con países africanos productores de cannabis.

Por último, los defensores de la legalización sostienen que los impuestos que podría recaudar el Estado de la venta legal de drogas serían verdaderamente importantes, muy superiores a los que ahora ingresa por el tabaco y el alcohol: con estos ingresos podría financiarse la atención médica y psiquiátrica de los drogadictos y una campaña de educación ciudadana sobre los terribles peligros de la droga. Así, por una parte, los ciudadanos estarían instruidos sobre el problema y capacitados para elegir libremente y, por otra, los adictos serían convenientemente atendidos, sin los enormes retrasos e insuficiencias que ahora tienen que soportar ellos y sus familias. A estas razones en favor de la legalización, algunos añaden una última, de tipo más bien dialéctico, basada en la comparación con el alcohol: la cirrosis, los accidentes de tráfico y las peleas originadas por el alcohol, matan a más gente y rompen más familias que todas las otras drogas; por tanto, habría que volver a ilegalizar el alcohol, o que legalizar las otras: y como nadie piensa en ilegalizar el alcohol, luego...

Como se ve, las razones a favor de la legalización tienen peso y están lejos de ser un esnobismo progresista. Pero también tienen un peso enorme, por sus consecuencias trágicas, las razones en contra. Muchos sociólogos piensan que, con la legalización, aumentaría tanto el número de adictos, que Occidente se convertiría en un mundo de "zombies", y toda la estructura social de este mundo occidental se derrumbaría. Sería legal hacer propaganda de la droga, y muchos se dejarían convencer. Y, si se legalizara la droga, pero se prohibiera la propaganda (como ahora quieren hacer con el alcohol y el tabaco), el mensaje que recibiría la sociedad sería: aunque no dejen hacer propaganda, la droga no puede ser tan mala como decían, pues si lo fuera no la habrían legalizado. Y es que la ley tiene también un aspecto educativo, de modo que el mensaje de "si es legal, es bueno" es más fuerte que todos los esfuerzos que se hicieran para educar en contrario. El mensaje de fondo, transmitido por la Ley, sería un mensaje de hedonismo ilimitado. Y este mensaje tendría más impacto, como siempre, en los de menos cultura, en los de menos capacidad de decisión.

Al aumentar el número de adictos, y esta es otra razón contra la legalización de la droga, aumentarían también los problemas relacionados

con la adicción: accidentes de tráfico, disolución familiar, incesto, prostitución... Aunque la droga fuera más barata, se seguiría necesitando dinero para comprarla, dinero que no tienen los parados, los jóvenes y los pobres. Además, cuando se compara la droga al alcohol, o incluso a un producto ordinario de consumo, como la ropa, para concluir que también la droga debería venderse libremente si hay consumidores que desean adquirirla, se comete una falacia: la droga no es un producto cualquiera; destruye la vida y hace que ya no sea humana, mientras que el alcohol, aunque sea potencialmente peligrosísimo para algunos, es usado con moderación por la mayoría de los consumidores, de modo que en Occidente sólo el 10% de los bebedores se convierten en alcohólicos, mientras que el 75% de los que la prueban la droga se hacen adictos¹². Aplicando este dato sin más matizaciones, significaría que si ya tenemos en España un gravísimo problema con nuestros tres millones de alcohólicos, en pocos años podríamos llegar a tener 25 millones de drogadictos: imposible hasta de imaginar.

Por eso, si se quiere comparar la droga con otros productos, no puede ser con bebidas gaseosas o con ropa vaquera, sino más bien con armas de fuego, con explosivos o con venenos muy activos. También sería ideal que la educación cívica fuera tan eficaz, que esos tres productos pudieran ser vendidos libremente, en la seguridad de que siempre serían usados responsablemente por el comprador. Pero la peligrosidad de los tres productos es tan alta, que el control del Estado se hace imprescindible. Pues bien, la potencialidad de la droga para destruir la propia vida o la ajena no es menor que la de los explosivos, las armas o el veneno. Pensar eso, pensar que la educación podría bastar para el control social de la droga es soñar.

El argumento más fuerte en favor de la legalización es, sin duda, la posible disminución de la delincuencia (robos, atracos) vinculada con la droga. Pero, aparte de que habría que pagar el altísimo precio social de muchos más adictos para conseguir esa paz, ni siquiera es seguro que se consiguiera. En efecto, para que disminuyeran los robos y atracos tendrían que darse tres condiciones en la fórmula de legalización adoptada: que la droga fuera barata, que se vendiera sin limitación de cantidad por persona, que se vendiera también a menores de edad. Si falta una de esas tres condiciones, seguirían los robos y atracos. Pero son condiciones que difícilmente aceptará un legislador responsable.

En conclusión, podemos decir que, con los datos disponibles, legalizar la

¹² *Time* 30 mayo 1988 p. 20-26.

droga sería una irresponsabilidad criminal, aunque no dudamos de la buena fe de muchos de los que defienden esa postura.

Etiología de la droga

La discusión anterior nos lleva a plantear, ya a un nivel más sencillo e individual, el problema de la etiología de la droga. El profesor Vicente Garrido, de la Universidad de Valencia, siguiendo a Dembo¹³, resume así las dimensiones de riesgo en la drogadicción juvenil:

a. En lo personal: estadísticamente el mayor riesgo está a los 19 años y el factor más determinante es haber usado drogas con anterioridad.

b. En lo intrapersonal: hay mayor probabilidad de drogadicción si el "locus" de control es externo, si hay ideas de autorrechazo, depresión, búsqueda de sensaciones, rebeldía e independencia, agresividad, sentimiento de ser rechazado por los demás. Por este orden.

c. En lo interpersonal: estadísticamente y por este orden, hay mayor riesgo de drogadicción si la relación con los padres es pobre, si los padres están implicados en conductas desviadas (drogas, delincuencia), si hay pobres relaciones con compañeros normales y fuerte con compañeros que consumen drogas, si hay pobre relación con la escuela.

d. En lo ambiental: si existe en la zona alta disponibilidad de droga, si hay alto grado de delincuencia, si además del consumo de drogas hay alto grado de aceptación de ese consumo¹⁴.

Se ha dicho, hablando del reino animal, que "el caparazón sólo es necesario a los invertebrados". Y la afirmación es aplicable al ámbito humano, donde se necesitaría una fuerte defensa contra el ambiente hostil, cuando no existe la columna vertebral de una personalidad madura, capaz de auto-decisión. Releyendo esa lista de Dembo-Garrido, se ve que el problema de la droga afecta sobre todo a los que no tienen columna vertebral y tampoco caparazón, sino que van indefensos y frágiles por la vida: tienen "locus" de control externo (no dependen de sí mismos para controlarse y decidirse, sino de otros), tienen autorrechazo o se sienten rechazados por los demás, no encuentran protección en sus padres ni en la escuela y viven en un medio hostil, donde abunda la droga y se aprueba su consumo. Son tortugas que van sin caparazón por una tierra de terribles aves rapaces.

¹³DEMBO, BLOUNT, SCHMEIDLER Y BURGOS "... the concept of risk in research into the etiology of drug use...": *Journal of Drug Issues* 14, 1985.

¹⁴VICENTE GARRIDO, *Delincuencia Juvenil* Alhambra, Madrid 1987, pág. 155.

Por eso, la primera reacción de unos buenos padres cuando ven a sus hijos acosados por el peligro de la droga, es protegerlos con una continua vigilancia. Y eso puede ser una solución de emergencia momentánea; pero lo definitivo es “vertebrar” sus vidas, enseñarles a tomar decisiones responsables sopesando las posibles consecuencias para ellos y para otros. La solución no es imponerles decisiones buenas para substituir a la imposición mala de la droga, sino enseñarles a decidir bien, sin imposiciones.

Tampoco pueden pretender razonablemente los padres que un hijo o una hija, a quienes han “educado” sin negarles nunca un gusto, digan que no a ese gusto desconocido, a ese placer misterioso de la droga: los leones no necesitan caparazón para defenderse de las aves rapaces.

Un drogadicto en la familia

Después de todas las consideraciones de este artículo, nos queda una reflexión práctica, que es también tema teológico, porque tiene que ver con la caridad. Nos referimos a la pregunta, planteada tantas veces por buenas familias angustiadas: ¿Qué hacer con un hijo o una hija drogadictos? El problema, cuando llega a plantearse para pedir un consejo, ya suele haberse deteriorado hasta grados trágicos: dependencia total de la droga, fuerte pertenencia a un grupo indeseable, robos en la casa y fuera, abandono de los estudios, deterioro psíquico y físico, aparente irrecuperabilidad. . . La familia discute durante horas cuál será la mejor actitud: seguir tolerando todo para evitar males mayores, o reaccionar con fuerza, con dureza, y llegar a echar ese hijo de la casa o, en algunos casos, incluso denunciarlo a la policía. Son semanas, meses y a veces años de angustia. Toda la familia gira en torno a ese problema y a veces los hermanos menores son descuidados o gravemente perjudicados por la situación que se vive en la casa.

Parece que el consejo posible en estos casos es solamente uno: hay que mirar al hijo drogadicto, desde el principio, como un enfermo. Aunque robe, aunque sea agresivo y violento, no es un delincuente, es un enfermo. El delito es un simple subproducto de la enfermedad y hay que desestimarlos, como secundario, por grave que parezca.

El drogadicto es un enfermo. El alcohólico también. Y *cuanto antes* (como se hace con los enfermos graves), sin dejar que pasen meses y meses “a ver si se arregla”, hay que tomar medidas terapéuticas. Las que él necesite, según la gravedad de su mal, las que el médico aconseje.

Este enfermo, excepto en el caso de los heroínómanos, tiene cura. Para los heroínómanos se siguen experimentando nuevos tratamientos cada año y hay esperanzas de que se pueda encontrar algo eficaz y definitivo. Pero, siendo sinceros, hemos de reconocer que el índice de recuperación actualmente es prácticamente nulo. Se entiende que ha habido recuperación cuando el heroínómano, o el adicto a cualquier otra droga, pasa un año sin drogarse, a partir de la fecha de terminación del tratamiento (no del comienzo). Pasar varios meses en una granja sin inyectarse heroína lo hacen muchos; llegar a dejar definitivamente la droga lo hace el 0'8%, es decir, ocho de cada mil. Esa es la cifra estadística mundial. Hace poco nos decía el responsable del programa de recuperación de heroínómanos en una Comunidad Autónoma Española, que en su centro se han tratado hasta ahora 4.300 adictos y la recuperación no ha llegado a ese 0,8%, sino que ha sido, trágicamente, de 0,0%. Ni uno solo de esos 4.300 ha logrado estar un año sin droga una vez terminado el tratamiento. Añadió que actualmente tiene la esperanza de que una chica llegue a conseguirlo, pues lleva ya seis meses sin "pincharse" y tiene todas las circunstancias a su favor: familia responsable y acogedora, novio que la quiere de verdad, firme fe religiosa y un buen trabajo. Si llega al año, será el primer éxito: uno entre 4.300.

Pero, si se trata de cualquier otra droga (cannabis, cocaína, alcohol, LSD...), la curación es posible, y cuanto antes se intente mejor. Sobre todo las granjas, el apartamiento total del ambiente anterior, el trabajo, la ayuda de ex-drogadictos, la vida sana del campo, obran maravillas. Vaya aquí al final, como grito de esperanza, este testimonio auténtico aparecido hace unos días en un periódico de provincias: "Me llamo Juan Carlos, tengo 25 años y desde los 15 he estado consumiendo drogas y alcohol. Después de muchos intentos y muchos sufrimientos, he encontrado la puerta de salida. Antes pensé que era la muerte, porque creía que era imposible salir, pero no es así. Ahora sé qué soy y quién soy. He sufrido mucho en la vida, pero ahora soy feliz: veo que la vida es bonita, valoro las cosas insignificantes, sé que puedo querer y ser querido y, sobre todo, soy libre".

El lector habrá comprobado que estas reflexiones quedan, en parte, sin conclusiones definitivas respecto a este pavoroso problema. Es que se trataba más bien de señalar caminos al pensamiento, con la seguridad de que quien haya llegado hasta aquí sabrá completar lo escrito y tal vez tendrá alguna nueva luz para pensar sobre el tema por sí mismo.

M. Segura